

Durante el primer año, aproximadamente, después de la muerte de su madre escocesa, el exitoso abogado Alan Carrington fue consciente, entre otros sentimientos, de una especie de vago temor de que ella pudiera aparecer como un personaje en uno de sus sueños, ya que, a menudo, ella le aseguró que así acudiría a él. Siendo el hombre que era, resentía este sentimiento. Sin embargo, había cierto trasfondo para la sensación de temor. Había sido una de las convicciones prácticas de su madre que tales apariciones, me refiero a la de una madre muerta en sueños, siempre anunciaba un desastre en la familia.

Todas las antipatías que pudiera tener contra el lado materno de su ascendencia estaban incluidas en su disgusto por creer en este tipo de cosas. Cuando estuvo de acuerdo en que los escoceses son una raza adusta, siempre hizo referencia, al menos mentalmente, a esta tensión supersticiosa, asociada con esa raza desde tiempos inmemoriales, contra la cual él siempre había peleado.

Él cumplió diligentemente, y con un alto grado de habilidad profesional, todos sus diversos deseos, y continuó, después de su muerte, viviendo en su casa grande y cómoda. Quizás porque su madre nunca apareció en sueños, su temor se hizo cada vez menos conmovedor. Al cabo de unos dos años, más o menos, ocupado con los abrumadores intereses de un hombre público en el pleno poder de su temprana madurez, ella casi había dejado de ser un recuerdo.

En la primavera de su cuadragésimo cuarto año, Carrington, que había trabajado durante mucho tiempo bajo alta presión y prácticamente sin vacaciones, recibió ciertas indicaciones mentales y físicas que su médico interpretó enérgicamente: debía tomarse al menos todo el verano y dedicarlo a sí mismo a la recuperación. El descanso, dijo el médico, debido al exceso de trabajo y a sus hábitos sedentarios, era imperativo.

Carrington pudo poner en orden sus casi innumerables intereses en unas tres semanas por medio de esfuerzos altamente concentrados para ese fin. Luego, extremadamente nervioso, y no un poco debilitado físicamente por esta tensión adicional sobre sus recursos agotados, tuvo que resolver el problema de a dónde ir y qué debía hacer. Estaba, por supuesto, demasiado arraigado en la rutina para encontrar esa decisión fácil. Afortunadamente, este problema se resolvió para él mediante una carta que recibió inesperadamente de uno de sus primos del lado de su madre, el reverendo Fergus MacDonald, un caballero con el que había tenido poco contacto en el pasado.

El doctor MacDonald era un clérigo jubilado de mediana edad, a quien una decadencia inminente había eliminado ocho o diez años antes de una carrera brillante, aunque mal

pagada, en su propia profesión. Después de unos años de estancia en los Adirondaeks, había emergido curado y con una reputación ya creciente como escritor de ese producto literario algo inarticulado, enfatizado por ciertas revistas estadounidenses que parecen embalsamar una austeridad de la forma literaria bajo la etiqueta de distinción.

El doctor MacDonald había retenido un instinto pastoral desarrollado que ya no podía satisfacer en el manejo de una parroquia. Además, era demasiado poco robusto para arriesgarse a asumir, al menos durante algún tiempo, la carga de la enseñanza. Comprometió el asunto al establecer un campamento de verano para niños en Adirondaeks. Al carecer de experiencia en asuntos comerciales, se asoció con un tal Thomas Starkey, un joven a quien los estragos de la Peste Blanca le habían arrebatado de un barco como gerente de ventas y conducido al cuasi exilio de Saranac, donde el doctor MacDonald lo había conocido.

Esta asociación demostró ser muy exitosa durante la media docena de años que duró. Luego, Starkey, después de una valiente batalla por su salud, había sucumbido, justo en un momento en que su inteligencia empresarial habría sido de gran ayuda para los asuntos del campamento.

Aturdido por este golpe. El doctor MacDonald había desistido de sus labores después de una distinción literaria, lo suficiente como para escribirle a su primo Carrington, suplicando a su asesor legal y financiero. Cuando Carrington leyó el último período terminado de su primo, envió un telegrama anunciando su salida inmediata al campamento, su intención de permanecer durante el verano y la promesa de asumir el cargo total del negocio y de su administración. Partió para los Adirondaeks la tarde siguiente.

Su presencia trajo el orden inmediato a la confusión. El doctor MacDonald, en la tarde del segundo día de la administración de su primo, se arrodilló y regresó a dar gracias a su Creador por la inmerecida beneficencia que había enviado a este ángel de luz financiero en su hora de extrema necesidad. A partir de entonces, el reverendo doctor se sumergió cada vez más profundamente en la tarea de producir la literatura sólida que sus editores querían.

Pero si la llegada de Carrington había mejorado las cosas en el campamento, el equilibrio del endeudamiento estaba lejos de ser unilateral. Durante la primera semana más o menos, la reacción ante una forma de vida acostumbrada le había hecho sentir, en todo caso, incluso más rígido y más nervioso que antes. No obstante, el aire vigorizante de los bosques de pinos cargados de bálsamo comenzó a mostrar sus efectos restauradores rápidamente. Descubrió que estaba durmiendo como los muertos.

Su apetito aumentó y descubrió que estaba subiendo de peso. La gestión empresarial

de un campamento de niños, absurdamente simple después de los complejos asuntos de las grandes empresas con las que había estado ocupado durante mucho tiempo, era solo una especie de nueva existencia entre las sombras profundas y los espacios soleados de Adirondack. Al final de un mes, se declaró como un hombre nuevo.

Por el primero de agosto, en lugar de los restos nerviosos que habían llegado, de rostro afilado y cadavérico, dos meses antes, Carrington presentó la apariencia de un atleta robusto y musculoso.

En la tarde del cuarto día de agosto, sanamente cansado después de un largo día de caminata, Carrington se retiró poco después de las nueve en punto y cayó inmediatamente en un sueño profundo y reparador. Hacia la mañana soñó con su madre por primera vez desde su muerte hace más de seis años. En el sueño estaba acostado en su propia cama, despierto, y comenzó a sentir un frío inusual en su hombro izquierdo. Como es bien sabido por los expertos en los fenómenos oníricos, este tipo de sensación casi siempre es el resultado de una condición física real, y se reproduce en el sueño debido a ese fondo real como un estímulo.

El hombro frío de Carrington estaba hacia la izquierda, o fuera de la cama, que estaba contra la pared de su gran y aireada habitación.

En su sueño, pensó que extendía la mano para reemplazar la ropa de cama, y mientras lo hacía, escuchó la bien recordada voz de su madre diciendo:

—Quédate quieto, muchacho; te abrigaré.

Entonces pensó que su madre reemplazó las fundas sueltas y las colocó alrededor de su hombro con su toque competente. Quería agradecerle, y como no podía verla debido a la posición en la que estaba acostado, se esforzó por abrir los ojos y darse vuelta, estando en ese estado comúnmente considerado como entre el sueño y la vigilia.

Con un esfuerzo considerable logró forzarse a abrir sus ojos reacios; pero dar la vuelta fue un asunto mucho más difícil. Tuvo que luchar contra una abrumadora inclinación a hundirse cómodamente en el sueño profundo, del cual, en su sueño, se había despertado para encontrar su hombro desagradablemente incómodo. El calor de las cubiertas reemplazadas fue un incentivo adicional para dormir.

Finalmente, con gran determinación, superó su deseo de volver a dormir y rodó hacia su lado izquierdo, sonriendo y a punto de expresar su agradecimiento. Pero en el instante de lograr esta victoria de la voluntad, en realidad despertó, precisamente en la posición registrada en su mente en el estado de sueño.

Donde había esperado encontrarse con los ojos de su madre, no vio nada, pero

permaneció en él una impresión persistente de que había sentido la retirada de aquella mano sobre su hombro. Sin embargo, el calor de la ropa de cama en esa fresca mañana permaneció, y observó que estaban bien acomodados sobre ese hombro.

Su sueño, claramente había sido del tipo del que habla George Du Maurier. Pasaron varios minutos antes de que pudiera deshacerse de la impresión de que su madre, conmovida por un extraño capricho, se había apartado de su vista, tal vez escondiéndose detrás de la cama; pero ésta estaba pegada a la pared, y su madre había estado muerta más de seis años.

Saltó de la cama al escuchar el sonido de la reveille, golpeado por el clarín del campamento, y esta acción rápida disipó sus impresiones. Sin embargo, el recuerdo permaneció muy claro en su mente durante los siguientes dos días. La impresión de la cercanía de su madre en el curso de ese vívido sueño le había dado a esos recuerdos mayor nitidez, y también aquel viejo temor, la idea de que ella acudiría a él en sueños para advertirle de algún peligro inminente.

Curiosamente, mientras analizaba sus sensaciones, descubrió que no quedaba nada del antiguo resentimiento relacionado con esta especulación, como las había caracterizado durante el período inmediatamente posterior a la muerte de su madre. Su madurez, las preocupaciones de una vida excepcionalmente plena y activa, y la ternura que marcaba todos los recuerdos de su madre habían servido para eliminar de su mente todos los rastros de esa idea. La posibilidad de una "advertencia" en su sueño solo lo hizo sonreír durante esos días después del sueño durante el cual la impresión revivida de su madre se desvaneció lentamente, pero fue la sonrisa indulgente y ligeramente melancólica, que una débil sensación de nostalgia se apoderó de él, como sin dudas afectaría a cualquier hombre de mediana edad que recientemente recordara a una madre querida de una manera bastante intensa.

En la tarde del segundo día después de su sueño, estaba caminando hacia el garaje del campamento con algunos visitantes, un hombre y una mujer, padres de uno de los niños, con la intención de conducir con ellos a la aldea para guiarlos en sus compras. Justo al lado del sendero gastado a través de los grandes pinos, a mitad de camino colina arriba hacia el garaje, la mujer notó un montón de hongos marrones y grandes, y preguntó si eran de una variedad comestible. Carrington escogió uno y lo examinó. Según su limitado conocimiento, parecía tener varias de las marcas de un hongo comestible. Mientras estaban parados al lado del lugar donde crecían los hongos, uno de los niños más pequeños los pasó corriendo.

—Crocker —lo llamó el señor Carrington.

—Sí, señor Carrington —respondió el joven Crocker, haciendo una pausa.

—Crocker, tu cabaña es la que está más al sur, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Ibas a ir allí ahora?

—Sí, señor Carrington; ¿puedo hacer algo por usted?

—Bueno, si no es demasiado problema, ¿podrías llevar este hongo al profesor Benjamin, ya sabes dónde está su campamento, justo al otro lado de la cerca de alambre más allá de tu cabaña, y pedirle que nos haga saber si este es un hongo comestible? No estoy muy seguro de mí mismo.

—Ciertamente —respondió el niño, complacido de que se le permitiera salir fuera de los límites, y además visitar al profesor Benjamin, considerado localmente como un gran experto en hongos y cosas similares.

Carrington llamó al muchacho que ya estaba yéndose.

—¡Crocker!

—¿Sí, señor Carrington?

—Tírelo si el profesor Benjamin dice que no es bueno; pero si dice que está bien, tráigalo de vuelta, por favor, y déjelo en el estante de la repisa de la sala de estar.

—Correcto, señor —gritó Crocker sobre su hombro, y siguió trotando.

Regresando del pueblo una hora después, Carrington encontró el hongo en el estante de la repisa de la sala de estar. Lo colocó en una bolsa de papel grande, lo dejó en la cocina en un lugar seguro y, a la mañana siguiente, antes del desayuno, caminó por el sendero hacia el garaje y llenó su bolsa de papel con hongos.

Le gustaban los champiñones. Decidió que los prepararía él mismo. Había suficiente como para tres porciones generosas. Los hongos no se comían comúnmente como desayuno, pero este era el campamento, pensó.

Intercambiando un agradable día con el joven de color que se desempeñaba como ayudante de cocina, y, rechazando sonriente su oferta de preparar los champiñones, los peló y calentó con un generoso trozo de mantequilla fresca en una sartén grande, y comenzó a cocinarlos.

Un olor profundamente apetitoso que surgía de la sartén provocó bromas respetuosas por parte del joven cocinero, divertido con los movimientos del director del campamento. Los dos charlaron mientras Carrington daba vueltas a sus hongos una y

otra vez en la mantequilla. Cuando terminó, Carrington las dejó en la sartén, quitó el cabestrante de la estufa y preparó tres canapés de tostadas fritas. Iba a servir sus champiñones con estilo, como el sonriente joven cocinero comentó astutamente. Él le devolvió la sonrisa y dividió los hongos en tres porciones iguales, cada una en sus tostadas. Finalmente le pidió al muchacho que las mantuviera calientes en el horno durante el breve intervalo hasta que la llamada al desorden llevara a todos en el campamento a desayunar.

Luego, con su largo tenedor, pinchó varios trozos pequeños de hongos que se habían roto en la sartén. Después de soplarlos en el tenedor, Carrington, sonriendo como un niño, se los llevó a la boca y se los comió.

—Ricos, ¿eh? —preguntó el asistente de cocina.

—Delicioso —murmuró Carrington, entusiasmado, con la boca llena de pedazos succulentos. Después de tragarse el bocado, comentó—: Pero debo haber dejado un poco de la piel en uno de ellos. Hay un pequeño rastro de amargo.

—Cuidado con ellos —dijo el asistente, repentinamente grave—. Pueden ser peligrosos cuando son amargos.

—Todo está bien —respondió Carrington, tranquilizadoramente—. Hice que el profesor Benjamin los revisara.

Salió a la galería esperando la llamada de la corneta. Después de un chapuzón matutino en el lago y la inspección de la cabaña, muchos chicos y algunos visitantes se dirigían hacia el comedor. Desde su habitación en la casa de huéspedes, las personas con las que había estado la noche anterior cruzaban la amplia terraza hacia él. Estaba volviéndose hacia ellos con una sonrisa cuando la mano de la muerte cayó sobre él.

Sin previo aviso, un repentino y terrible apretón, acompañado de una frialdad mortal, y esto inmediatamente seguido de un calor ardiente, atravesaron su cuerpo. Grandes gotas de sudor brotaron de su frente. Sus rodillas comenzaron a ceder. Todo, todo este mundo agradable a su alrededor, del brillante sol de la mañana a la sombra profunda y definida, se tornaron verdosas y tenues. Sus sentidos comenzaron a escaparse, transformándose en una especie de entumecimiento que se cerró como una mano implacable, aplastando su conciencia.

Con un esfuerzo que parecía desgarrar su alma con un dolor inimaginable, reunió todas sus fuerzas menguantes y, sostenido solo por un poderoso esfuerzo de su poderosa voluntad, se tambaleó a través de la puerta abierta del comedor hacia la cocina. Casi se derrumbó cuando se apoyó contra la mesa más cercana, articulando entre labios paralizados:

—¡Agua, y mostaza! ¡Rápido! ¡Los champiñones!

El jefe de cocina, que en ese momento estaba en su puesto, resultó ser de mente rápida. El asistente, por supuesto, también cierta preparación para esta clase de incidentes.

El jefe tomó un tazón que solo se usaba para batir los huevos y con manos temblorosas lo vertió, medio lleno de agua tibia de una caldera, sobre la estufa. En esto, el otro vació casi la mitad de una lata de mostaza seca que agitó frenéticamente con su mano harinosa. Con los ojos en blanco de terror, observó los labios resecos de Carrington, y Carrington, concentrándose de nuevo en todas sus facultades restantes, forzó el fluido nauseabundo a través de sus labios azules y tragó, dolorosamente, grandes tragos salvadores del poderoso emético.

Una y otra vez, los dos hombres renovaron la dosis.

Uno de los consejeros, que estaba en el comedor, al entrar a la cocina sintió que algo andaba terriblemente mal, y corrió a apoyar a Carrington.

Diez minutos después, con muchas náuseas, temblando de debilidad, pero a salvo, Carrington, apoyándose fuertemente en el joven consejero, caminaba de un lado a otro detrás del comedor. Sus primeras palabras, después de que pudo hablar coherentemente, fueron ordenarle al cocinero asistente que quemara el contenido de los tres platos calientes en el horno.

Había comido un gran bocado de una de las variedades más mortales de hongos venenosos, uno que contenía alcaloides de acción rápida que significan una muerte segura. Mientras razonaba sobre el asunto, concluyó que su salvación se debió indudablemente a que había cocinado los champiñones con mantequilla, con la que había sido generoso. De ese modo, al haber empapado los hongos con una solución grasa, el veneno había resistido, por un breve período, a la digestión.

Muy gradualmente, mientras caminaba hacia arriba y abajo, respirando profundamente el dulce aire con aroma a pino, su fuerza regresó a él. Después de haberse alejado completamente del desmayo que siguió al tratamiento violento al que se había sometido, subió a su habitación y, aun terriblemente sacudido por la experiencia, se fue a la cama a descansar.

Crocker, al parecer, había cumplido debidamente sus instrucciones. El doctor Benjamin miró el espécimen y le dijo al niño que había varias variedades de este hongo, que no se distinguían fácilmente entre sí, de las cuales algunas eran saludables y otras contenían un alcaloide mortal. Al estar ocupado en ese momento, tendría que diferir su opinión hasta que hubiera tenido la oportunidad de un examen más exhaustivo. Le había devuelto el hongo y el muchacho se lo había dado a un consejero,

que lo había puesto en la repisa de la chimenea con la intención de informar al señor Carrington a la mañana siguiente.

Débil todavía, y muy somnoliento, Carrington se tumbó de espaldas y silenciosamente agradeció a los poderes de arriba por haber preservado su vida.

De pronto pensó en su madre. ¡La advertencia!

De inmediato fue como si ella estuviera parada en la habitación al lado de su cama. No se atrevió a abrir los ojos, porque ahora sabía que estaba despierto. Le pareció que ella hablaba, aunque no le pareció sentir nada comparable al sonido.

—Debes volver a dormir, muchacho.

Y, manteniendo los ojos bien cerrados para no perturbar a esta visita, torpemente se acomodó sobre su espalda. Una abrumadora somnolencia, tal vez engendrada por su reciente conmoción, lo atravesó como un viento refrescante.

Mientras se deslizaba sobre el umbral de la conciencia hacia un profundo sueño, su último recuerdo fue la prolongada caricia de la mano firme de su madre descansando sobre su hombro.